

UN PROBLEMA ACTUAL

EL problema del mal es un problema de todos los tiempos. La Historia de la Filosofía está constelada de esfuerzos encaminados a dar una explicación viable del misterio del mal. Desde las Éticas aristotélicas hasta nuestros días son muchos los «*De Consolatione philosophiae*» escritos en su honor, aunque bajo los más diversos títulos. Al fin, este que comentamos es un nuevo intento, hecho desde el clima peculiar en que se desenvuelve el pensamiento filosófico actual (1).

Sin embargo, si hubiéramos de juzgar de su éxito por las repercusiones prácticas, nos veríamos obligados a confesar la perfecta inutilidad de tantos esfuerzos. Es dudoso que las disquisiciones filosóficas hayan enjugado jamás una sola lágrima. El mal sigue siendo un problema y quizá resalta hoy su prepotencia con caracteres más angustiosos que nunca. ¿A qué se debe este fracaso?

Por de pronto, antes de acometer la solución del problema del mal, habría que plantear y resolver uno anterior: ¿es un problema el mal? Porque también se nos aparece como una paradoja y como un misterio. Y en este caso el pensamiento no debería discurrir por los mismos cauces que si fuese sencillamente un problema metafísico.

La misma solución del problema puede entenderse de varias maneras. Resolver el problema del mal sería, en primer lugar, hallar el medio práctico de raerlo de la haz de la tierra y del interior del hombre. A falta de esta solución, tendríamos que contentarnos con hallar una explicación plausible —o al menos aceptable— de la realidad del mal. Mas esta explicación tendría el grave inconveniente de no añadir un adarme a nuestro consuelo. Y es que el mal concreto, particular de cada uno no se cura ni se mitiga con disquisiciones teóricas sobre el mal abstracto.

Aunque el problema del mal es tan antiguo como el hombre, hoy nos acucia de una manera singularísima, bien sea por sus aterradoras proporciones, bien por el enfoque «personalista» que hoy se da a todas las cuestiones, lo que hace que las consideremos más entrañablemente, más como propias. Por otra parte, aumenta la angustia y el desasosiego con la contemplación del balance, tan desalentador, de tantos esfuerzos y tantos afanes puestos en su solución.

Después de un siglo largo de positivismo, nos hemos percatado de que la solución del problema no está en desechar el pensamiento mágico y las supersticiones en beneficio del «pensamiento científico»: está en la misma razón, que no encuentra en lo racional la fuerza suficiente para ser razonable. La ciencia positiva y la técnica subsi-

(1) PAUL CLAUDEL (y otros), *Le mal est parmi nous*, Plon, París, 1948, 1 vol. 308 págs.

guiente han aumentado el poder del hombre, pero no han modificado su sentido, y así el mal alcanza las proporciones que todos conocemos. Se comprende que un humanismo ateo se vea abocado a declarar el mundo absurdo, no en cuanto carente de explicación, sino en cuanto carente de sentido. «La crisis filosófica del progreso quizá haya de desembocar necesariamente en los sistemas en que el absurdo llega a ser una categoría metafísica de la existencia».

Tal vez haya que añadir que el positivismo no se encuentra solo en el fracaso. Tampoco la Teodicea satisface al hombre actual en esta cuestión. Filósofos y teólogos encaminan sus esfuerzos a demostrar la no culpabilidad de Dios al permitir el mal. Han venido planteando el problema desde el punto de vista de Dios y del Universo. Hoy, sin embargo, está planteado desde el punto de vista del hombre. No nos satisface actualmente la explicación leibniziana de un Dios artista que, para mayor belleza de su cuadro, permite sombras como el cáncer o como Büchenwald: La *persona*, en torno a la cual se ha exacerbado la sensibilidad filosófica del presente, no tolera ser considerada como simple parte de un todo, sino como el mismo todo.

Por eso se sugiere si no habría que revisar el punto de vista mantenido hasta aquí por los teólogos y los filósofos, influenciados tal vez por las ideas estéticas de los griegos. Un providencialismo, calcado o derivado del hado griego, que nos lleve a la afirmación de que la fatalidad ha conducido a la humanidad desde 1914 a 1945, se resiste a ser aceptado.

Tampoco parece ser que la filosofía pueda dar una respuesta definitiva a la cuestión del mal; sobre todo a la del mal moral. Ni siquiera las respuestas de los teólogos tienen, no ya el poder de eliminar el mal, sino ni siquiera el de mitigarlo. Se resuelve el problema teóricamente por los apologistas, después de Aristóteles y, sobre todo, de Plotino. Pero solo convencen a los ya convencidos. Sus razonamientos son aptos para los «clérigos», pero no afectan a los «legos». ¿Por qué? Porque el mal de que tratan en sus discursos es el mal en sí, el mal en su mayor abstracción, en su más amplia generalidad. Lo que nos afecta y nos toca de cerca, sin embargo, no es ese mal conceptual, sino el mal de hecho, el mal con que la existencia tropieza constantemente. Sobre este mal pasa la especulación esencial sin rozarlo siquiera. Formas de este mal son el sufrimiento del inocente, la muerte, el pecado, etc. Para este mal no valen los razonamientos.

Porque el mal, aunque no sea un ser, es una realidad; el mal existe. Será un vacío, una privación; pero un vacío que engulle y devora los seres, una privación dotada de todo el poder del ser que le sirve de asiento. «El mundo es duro, cruel y sin piedad; el mundo es terrible y espantoso: *terror antiquos*. En el mundo hay caos, huracanes subterráneos, un desorden elemental. El hombre se siente frágil y perdido en este mundo inhóspito». Pero el mal no nos cerca solamente desde fuera, sino que nos penetra, anida en nuestra propia existencia. Es más: no nos limitamos a sufrir el mal, sino que lo hacemos.

Sin embargo, una cosa parece clara: el análisis formal del mal no es suficiente para dar de él una explicación. Es un hecho que solo desde el plano religioso ha tenido solución el problema. Solo en ese terreno se ha dado la locura de la cruz, la aceptación resignada, y a veces alegre, de los sufrimientos, el deseo de padecer y de morir. Ciertamente que ningún santo ha deseado el mal moral. Pero precisamente la resistencia que respecto a esta clase de mal exhibieron los santos nos demuestra que también este mal debe ser considerado en un terreno más elevado que el puramente filosófico. «La miseria humana señala una predestinación gracias a la cual este vacío, esta soledad, este desierto que ella descubre en nosotros no puede ser habitado más que por la Presencia de Aquel que ha cargado con todo el mal del hombre para salvarlo todo». «Jesús, muerto en cruz por nuestros pecados, es la única respuesta al problema del mal».

Ahora sí que creemos se puede decir que el fallo de la solución filosófica del problema del mal radica en una antropología insuficiente. La antropología puramente filosófica siempre será insuficiente y, por lo tanto, muchos problemas humanos, insolubles para la filosofía. El hombre en su estado actual es un enigma para la filosofía. Para ésta es un compuesto de alma espiritual y de organismo material. Sin embargo el hombre es además una naturaleza caída de un estado más elevado para el cual fué creada, y en ella se desarrolla el drama de su presente sobrenatural por los méritos de Jesucristo. El hombre es hijo adoptivo de Dios y heredero de la gloria y en él obran fuerzas divinas, sobrenaturales, desconocidas para la filosofía. En él juegan la libre voluntad y las solicitudes de la gracia y las tentaciones contrarias un escalofriante torneo a cuyo resultado va ligado el destino eterno de la criatura racional. Todas estas son realidades con las que hay que contar y sin las cuales el hombre y sus problemas son ininteligibles, carecen de sentido. Y no sirve ignorarlas ni negarlas, si no queremos parar en el absurdo. Con esa base antropológica ultrafilosófica podemos abordar el problema del mal, no para eliminarlo, pero sí para explicarlo y también para mitigarlo en algún grado.

ARSENIO PACIOS

Lea Ud.

”ALCÁNTARA”

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.

Autopsia

Se murió envenenado

—tres meses bajo la tierra—

y hubo que desenterrarlo.

(Huele a culantrillo verde

el pozo del camposanto).

Bajo un ciprés le pusieron.

Le pican pájaros blancos

en vocales de concierto

que nunca había pronunciado.

Cuatro dobleces le hicieron

para volver a enterrarlo

—pergamino para hacerse

su escritura el escribano—

y como a carta cualquiera

al buzón del mundo echaron.

JESÚS DELGADO VALHONDO